

JUAN.  
Aquí compran las mujeres.

MENDO.  
Y nos venden á nosotros.

DUQUE.  
¿Quién habita en estas casas?

JUAN.  
Don Lope de Lara, un mozo  
Muy rico, pero más noble.

MENDO.  
Y ménos noble que tonto.

DUQUE.  
Tened; que bailan allí.

JUAN.  
San Juan es fiesta de todos.

MENDO.  
Yo aseguro que van estos  
Más alegres que devotos.

DUQUE.  
¿Quién vive aquí?

JUAN.  
Una viuda  
Muy honrada y de buen rostro.

MENDO.  
Casta es la que no es rogada:  
Alegres tiene los ojos.

JUAN.  
Esta imagen puso aquí  
Un extranjero devoto.

MENDO.  
Y entre estas devociones  
No le sabe mal un logro.

JUAN.  
Un regidor desta villa  
Hizo este hospital famoso.

MENDO.  
Y también hizo los pobres.

Quando llegan los tres paseantes á casa de doña Ana, celebrando don Juan la hermosura de esta dama, dice don Mendo, temiendo que aquel elogio inspirase al Duque deseos de verla:

Ciego sois ó yo soy ciego,  
O la viuda no es tan bella.  
Ella tiene el cerca feo,  
Si el léjos os ha agrado;  
Que yo estoy desengañado,  
Porque en su casa la veo.

DUQUE.  
¿Visitaisla?

MENDO.  
Por pariente  
Alguna vez la visito;  
Que si no, fuera delito,  
Segun es de impertinente.

ANA. (Ap.)  
¡Ah traidor!

MENDO.  
Si el labio mueve  
Su mediano entendimiento,  
Helado queda su aliento  
Entre palabras de nieve.

Pues la edad no sufre engaños,  
Aunque la tez resplandece.

Mil botes son el Jordan  
Con que se remoza y lava.

DUQUE. (A Mendo.)  
¿Pues cómo don Juan la alaba?

MENDO. (Al Duque.)  
Para entre los dos, don Juan  
Es un buen hombre; y si digo  
Que tiene poco de sabio,  
Puedo sin hacerle agravio.

Mientras están paseándose, suenan cerca de allí cuchilladas; mas el Duque exhorta á sus amigos á seguir á unas damas que le han gustado, y Mendo dice á don Juan, motejando al Duque:

..... Es mas devoto  
De mujeres que de espadas.

No puede describirse mejor el carácter del mal hablado. Pero este espíritu de sátira y murmuración se desenvuelve más en los dos actos siguientes, y se manifiesta toda la vileza y ruindad de un alma poseida del vicio de la maledicencia.

## ARTÍCULO II.

La bajeza del alma de don Mendo se conoce, no tanto en los rasgos de maledicencia que notamos en nuestro artículo anterior, como en los ruines pensamientos que le sugiere el mal éxito de sus empresas amorosas. Cuando conoce que doña Ana sabe que habló mal de ella, cree que don Juan la llevó el chisme, y dice:

Ya colijo que don Juan  
De Mendoza, mal mirado,  
La contienda te ha contado  
De la noche de San Juan;  
Que conozco esas razones  
Que el necio dijo de tí,  
Porque yo le defendí  
Tus divinas perfecciones.

Mas ya que estás de esa suerte  
De mí, señora, ofendida,  
Porque le dejé la vida  
A quien se atrevió á ofenderte,  
No me culpes; que el estar  
El duque Urbino presente  
Pudo de mi furia ardiente  
El impetu refrenar.

Aquí es don Mendo no solo maldiciente, sino mentiroso también (1). Prosigue así:

Si por eso me privabas  
De ver ese cielo hermoso,  
Vuelve; que presto por mí  
Cortada verás la lengua  
Que en tus gracias puso mengua.

ANA.  
Pues guárdate tú de tí.

MENDO.  
¿Yo de mí? ¿Luego yo he sido  
Quien te ofendió?

ANA.  
Claro está.

MENDO.  
¿Quién sino tú?

MENDO.  
¿Cuánto va  
Que ese falso fermentido,  
Lisonjero universal  
Con capa de bien hablado,  
Por adularle ha contado  
Que él dijo bien y yo mal?

(1) Por eso el autor le ha dado el nombre de *Mendo*, abreviatura de *Mendoso*, mentiroso, calumniador.

ANA.  
«Para entre los dos, don Juan  
Es un buen hombre; y si digo  
Que tiene poco de sabio,  
Puedo sin hacerle agravio.  
Vuestro deudo es y mi amigo;  
Mas esto no es murmurar.»

MENDO.  
Eso dije á solas yo  
Al Duque, que se admiró  
De verle vituperar  
Lo que yo tanto alabé.

ANA.  
Dilo al revés.

MENDO.  
Segun esto,  
Quien contigo mal me ha puesto,  
El Duque sin duda fue.  
¿Aun no ha llegado á la corte,  
Y ya en enredos se emplea!

Esta escena es de grande efecto. El espectador, ya interesado á favor de don Juan y contrario á don Mendo, se complace en ver que el maldiciente, incapaz de adivinar cómo supo doña Ana aquella conversacion, hace peor su causa á cada palabra que dice; y mucho más cuando le escuchaban retirados el Duque y don Juan, disfrazados de cocheros.

Mendo, despues de ser herido por los cocheros supuestos, habla del lance al Conde su primo, y le dice:

...Yo tengo una sospecha,  
Que siempre estas viudas mozas,  
Hipócritas y santeras,  
Tienen galanes humildes  
Para que nadie lo entienda.  
Tal valor en un cochero  
Los celos no más lo engendran;  
Que nunca así por leales  
Los hombres bajos se arriesgan.  
Esto se viene rodado;  
Que si no, no lo dijera;  
Que ya sabeis que no suelo  
Meterme en vidas ajenas.

CONDE. (Ap.)  
Así tengas la salud.

No disgustará á nuestros lectores ver en contraste con este carácter, á la par odioso y ridículo, el de don Juan, modelo de amantes y de caballeros. Declara su amor á doña Ana con toda la ternura y la desconfianza propias de su situacion, y despues de haber concluido, dice doña Ana:

Pues, señor don Juan, adios.

JUAN.  
Tened: ¿no me respondeis?  
¿Desa suerte me dejais?

ANA.  
¿No habeis dicho que me amais?

JUAN.  
Yo lo he dicho, y vos lo veis.

ANA.  
¿No decís que vuestro intento  
No es pedirme que yo os quiera,  
Porque atrevimiento fuera?

JUAN.  
Así lo he dicho y lo siento.

ANA.  
¿No decís que no teneis  
Esperanzas de ablandarme?

JUAN.  
Yo lo he dicho.

ANA.  
Y que igualarme  
En méritos no podeis,  
¿Vuestra lengua no afirmó?

JUAN.  
Yo lo he dicho de ese modo.

ANA.  
Pues si vos lo decís todo,  
¿Qué queréis que os diga yo?

Esta manera picante de despedir á un desdenado exaspera á don Juan, y exclama:

¡Oh! venga la muerte, acabe  
Con vida tan desdichada,  
Que solo puede su espada  
Remediar pena tan grave!  
¿Qué delito cometi  
En quererte, ingrata, fiera?  
¿Quiera Dios!... Pero no quiera,  
Que te quiero más que á mí.

Quando el Duque, viendo á doña Ana, se enamoró de ella, le dice á don Juan su criado:

El Duque es muy poderoso:  
Llevarála.

JUAN.  
Por lo ménos,  
Si vence, alivio será  
Que por un duque la pierdo;  
Y si no, consolaráme  
Ver que lo que yo no puedo,  
Tampoco ha podido un duque.

Quando ha triunfado en fin de sus dos rivales, pide con entereza celos á doña Ana de haber visto en sus manos un papel de don Mendo.

Doña Ana, ¿qué te ha obligado  
A pretenderme engañar?  
¿Qué te puedo yo importar,  
No querido y engañado?

Mejor modo de obligar  
Fuera no haberlo leído;  
Que quien escucha ofendido,  
Cerca está de perdonar.  
¿Ajeno papel recibes  
Quando mia te has nombrado?  
O poco me has estimado,  
O livianamente vives.  
De donde he ya conocido  
Que vivir me está más bien  
Desdichado en tu desden,  
Que en tu favor ofendido.

No citamos ejemplos de locucion, porque los ya presentados á otro propósito bastan para manifestar la correccion y pureza de lenguaje de este poeta excelente.

## EL SEMEJANTE Á SÍ MISMO.

En la escena 1.<sup>a</sup> se hallan estos dos versos :

Méjico, la celebrada  
Cabeza del indio mundo...

Los favores del mundo principian con estos, ya otra vez citados, entre Garci-Ruiz y su criado Hernando :

HERNANDO.

¡Lindo lugar!

GARCÍA.

El mejor :

Todos, con él, son aldeas.

HERNANDO.

Seis años há que rodeas

Aqueste globo inferior,  
Y no vi en su redondez  
Hermosura tan extraña.

Harto más hermosa ciudad que Madrid era Méjico, y siendo casi patria del autor, no se comprende cómo no la alaba más, cómo no le hace la debida justicia. Acaso ALARCON vino á España de muy poca edad, tal vez sin haber estado en Méjico.

Alguna analogía tiene el asunto de *El semejante á sí mismo* con la primera parte de *El castigo del pensador*; pero la comedia de Tirso me parece anterior á la de ALARCON.

## LA CUEVA DE SALAMANCA.

Parece comedia de estudiante y hecha para representarse en Salamanca, cuyas aulas quizá cursaria ALARCON. Los tres galanes están bien pintados: doña Clara es una linda figura; la última escena del primer

acto es muy afectuosa; al principio del segundo hay una graciosa pintura de las mujeres en la cazuela del teatro. Mucha soltura en la versificación, y poco escrúpulo respecto á costumbres: comedia de magia.

## MUDARSE POR MEJORARSE.

Comedia lindísima, bien ideada, bien dialogada, muy bien escrita. No trazó ALARCON en todo su teatro un carácter de dama jóven con tanta gracia, fresca y despejo decente, como el de Leonor. En doña Clara representó una señora de más edad, pero amable todavía, y es también hermosa figura. Don García y el Marqués

ocupan su lugar, y aun don Félix no está del todo mal colocado; Redondo mejor. El medio de que se valen García y Leonor para hablarse delante de testigos es muy preferible, y sobre todo mucho más verosímil que el que emplean para igual efecto la dama y galán de *El secreto á voces*.

## TODO ES VENTURA.

Abominable accion es la de Belisa en la escena 13 del acto 3.<sup>o</sup>, cuando por vengar sus celos pone casi á Leonor en los brazos del Duque para que la deshonre; y sobre lo feo del hecho, las circunstancias y palabras que le acompañan le hacen aun más repugnante. Las señas de Celia al Duque, el apretón de mano de Belisa, su fingido desmayo, el golpe que la vil criada finge recibir en los ojos, y las expresiones, *por Dios, que habeis de beber la purga*, son de lo más inicuo que

puede verse, por más que la escena esté bien hablada. Fuera de esto, la comedia tiene gran mérito en el pensamiento y en la ejecución: se empeña la suerte en favorecer á Tello, y le hace ser, no solo amado de una dama ilustre, pues esto al cabo se lo merece, sino hasta buen jinete y diestro caballero en plaza sin haber montado en su vida. La escena 11 del acto 3.<sup>o</sup> es un trozo de versificación dramática admirable.

## EL DESDICHADO EN FINGIR.

Admirable es también en lo general la versificación de *El desdichado en fingir*, ingeniosísima la trama y vivo el interés; la parte de costumbres es reprehensible, porque hay personajes viciosos en que el vicio no aparece de modo que repugne; parece una comedia de Tirso por la travesura, brio y completa falta de escrúpulo moral.

Al fin, sobre mi palabra  
Me dió lo que llaman ellas  
Su honor, y lo que solemos  
Llamar la flor los poetas.

TRISTAN.  
¿Teneis aliñada cama  
Al cansado cuerpo mio?

INES.  
Una os tengo acomodada.

TRISTAN.  
Si es la vuestra, si será.

Esto y otras cosas del mismo y otros géneros no las pudo escribir ALARCON sino siendo muy jóven, á fines del siglo xv ó principios del siguiente, en que Lope tenía aun licencia para tales libertades.

## QUIÉN ENGAÑA MÁS Á QUIÉN.

## DEL SEÑOR DON MANUEL BERNARDINO GARCÍA SUELTO.

Ya hemos dicho anteriormente que en casi todas sus comedias se propuso RUIZ DE ALARCON un fin moral, cuando la mayor parte de sus contemporáneos cuidaban solo de divertir é interesar á los espectadores, sin pretender instruirlos. Aun en las comedias puramente de intriga, como la presente, se advierte siempre aquella intencion dramática, y muchas veces la manifiesta al fin de la comedia. Así concluye esta :

ENRIQUE.

Este ejemplo, en que he mostrado  
Que aunque el engaño mejor  
Es dar con el mismo engaño,  
Quien más engañare, al fin  
Quedará más engañado.

Prescindiendo de este mérito, que es muy esencial en un poeta cómico, tiene además esta pieza el del plan, que está bien concebido y ordenado, y el de la accion, que camina á su fin sin embarazo alguno, á pesar de la complicacion de intereses en los personajes, que producen situaciones variadas y agradables. Don Diego y doña Elena son los principales, y cautivan la atencion desde

la 1.<sup>a</sup> escena, en que aquel se muestra cobarde por la competencia del Duque, y Elena le anima con reflexiones y ejemplos para que deseche el temor.

El interés que inspiran desde luego los dos amantes crece despues rápidamente, cuando Enrique, apoderándose del billete que Elena dirige á don Diego, se introduce en su casa fingiendo ser su hermano. Las escenas 1.<sup>a</sup> y siguientes del 2.<sup>o</sup> acto aumentan los obstáculos, y ponen á los dos amantes en la situacion más apurada. Elena no conocia á su hermano, y juzga, engañada, que lo es ciertamente don Enrique, hasta que se manifiesta en la escena 10, que es una de las mejores de esta comedia. Entónces forma el proyecto de libertar á don Diego del hospital de locos, en donde le habia encerrado la rivalidad del Duque, y el compromiso de don Enrique con Lucrecia facilita la ejecución de sus deseos, y prepara el desenlace, que es muy ingenioso y nada deja que desear al espectador.

No hablaremos del lenguaje y versificación, porque tienen la misma propiedad y elegancia que ya hemos manifestado en el exámen de otras piezas de este poeta.

La comedia principia así :

DON DIEGO.

Yo vine, Elena querida,  
A Milan á pretender;  
No á competir, no á perder  
Por temerario la vida.  
El Duque sé que conquista  
Con poder y amor tus prendas:  
No sé cómo te defiendas  
Ni cómo yo le resista;  
Que en la gran desigualdad  
De su estado y mi ventura,  
La confianza es locura,  
Y el valor temeridad.

DOÑA ELENA.

A quien de véras desea,  
Y á quien estima el favor,  
No deja vista el amor

Con que los peligros vea;  
Y si acusan la osadia  
Pensamientos castigados,  
Atrevimientos logrados  
Condanan la cobardia.  
Giges, humilde villano,  
Pretendió y gozó atrevido  
La corona del rey Lido  
Y de la Reina la mano;  
Viriato fué un pastor,  
Tolomeo fué un soldado,  
Y uno y otro por osado  
Se coronó emperador.  
Venció animoso Teseo  
La voraz biforme fiera,  
Para que Ariadna fuera  
De su vitoria trofeo.  
El tracio músico amante  
Con el canto lisonjero  
Candados rompió de acero,

Puertas abrió de diamante;  
Y su Euridice perdida,  
Contra el estatuto eterno,  
Rescatada del infierno,  
Vió la luz, volvió á la vida.  
Tú pues, ¿por qué desconfías,  
Y con frivolas excusas  
Temeridades acusas  
En iicitas osadías?

DON DIEGO.

Porque en esos el intento  
No dejó de ser locura,  
Aunque tuviesen ventura  
En lograr su atrevimiento;  
Y yo para merecerte  
Intentar tal desvario.  
Si en mis fuerzas no me fio,  
No he de fiarme en mi suerte.

DOÑA ELENA.

En las empresas de amor,  
Toda la felicidad  
Consiste en la voluntad,  
Y es la fortuna el favor.

Esto es parecidísimo al principio de *Las paredes oyen*.

DON JUAN.

Tiéneme desesperado,  
Beltran, la desigualdad,  
Si no de mi calidad,  
De mis partes y mi estado.  
La hermosura de doña Ana,  
El cuerpo airoso y gentil,  
Bella emulacion de abril,  
Dulce envidia de Diana,  
Mira tú, ¿cómo podrán  
Dar esperanza al deseo  
De un hombre tan pobre y feo  
Y de mal talle, Beltran!

BELTRAN.

A un Narciso cortesano  
Un humano serafín  
Resistió un siglo, y al fin  
La halló en brazos de un enano.  
Y si las historias creo  
Y ejemplos de autores graves  
(Pues, aunque sirviente, sabes  
Que á ratos escribo y leo),  
Me dicen que es ciego amor,  
Y sin consejo se inclina:  
Que la emperatriz Faustina  
Quiso un feo esgrimidor;  
Que mil injustos deseos,  
Puestos locamente en ella,  
Cumplió Hippia, noble y bella,  
De hombres humildes y feos.

DON JUAN.

Beltran, ¿para qué refieres  
Comparaciones tan vanas?  
¿No ves que eran más livianas

Que bellas esas mujeres;  
Y que en doña Ana es locura  
Esperar igual error,  
En quien excede el honor  
Al milagro de hermosura?

BELTRAN.

¿No eres don Juan de Mendoza?  
Pues doña Ana ¿qué perdiera  
Cuando la mano te diera?

DON JUAN.

Tan alta fortuna goza,  
Que nos hace desiguales  
La humilde en que yo me veo.

BELTRAN.

Que diste en el punto creo  
De que proceden tus males.  
Si fortuna en tu humildad  
Con un soplo te ayudara,  
A fe que te aprovechara  
La misma desigualdad.  
Fortuna acompaña al dios  
Que amorosas flechas tira;  
Que en un templo los de Egira  
Adoraban á los dos.  
Sin riqueza ni hermosura  
Pudieras lograr tu intento:  
Siglos de merecimiento  
Truco á puntos de ventura.

En el acto 2.º, escena 6.ª, se hallan estos versos:

DUQUE.

¿Tal error pueden hacer  
Mujeres que nobles nacen?

CRIADO.

Si las comedias nos hacen  
De lo que es ó puede ser  
Viva representacion,  
Desengañarte podia  
Lo que han hecho cada día  
Las infantas de Leon.

Palabras casi idénticas á las que se leen en la escena 6.ª del tercer acto de *Las paredes oyen*:

Bien parece que no ves  
Lo que en las comedias hacen  
Las infantas de Leon.

De una mano misma, de la de ALARCON, deben ser unos y otros pasajes; pero en el acto 3.º de *Quien engaña más á quien*, y en las últimas escenas de él, sobre todo, aparece otro estilo, harto diferente á mi modo de ver. Quizá ese acto es de otra pluma, ó escrita por ALARCON toda la comedia, refundiendo la de *El desdichado en fingir*, otro autor ménos buen hablista la retocó en algunas partes.

### NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

Dos caracteres magistralmente diseñados lucen principalmente en esta comedia: el de don Domingo, hombre muy amigo de sus comodidades, aunque valiente y capaz de arriesgar la vida cuando hace al caso; y el de don Juan, petardista, pero buen soldado y súbdito fiel. Repugna verle entrar en casa de don Ramiro para ro-

barle; pero enmienda bien su criminal determinacion cuando, informado por don Domingo de la conjuracion tramada contra el Rey, se propone destruirla: un egoista y un perdido salvan el trono de Alfonso Magno, porque tanto aquel como este eran hombres de honor, á pesar de sus defectos ó vicios. El personaje de don Do-

mingo es sumamente singular y de gran efecto en el teatro. Don Antonio de Zamora le reprodujo en otra comedia del mismo título, recargando sobradamente las

tintas ridículas, y quedándose muy atras á nuestro poeta en estilo y versificación.

### LA CULPA BUSCA LA PENA Y EL AGRAVIO LA VENGANZA.

El estilo de ALARCON en esta comedia indudablemente se parece al de Calderon, aunque en mi entender hubo de ser escrita cuando aun Calderon era niño: es decir, que lo sonoro y conceptuoso del metro y estilo

en varios pasajes no es imitado del príncipe de la escena española, sino que ya desde principios del siglo XVII estaban en uso en nuestro teatro aquella conceptuosidad y armonía.

### QUIEN MAL ANDA EN MAL ACABA.

Aquí el estilo de ALARCON es ménos artificioso, y la dicción más limpia y clara; no se parece aquí DON JUAN RUIZ á Calderon, sino á Lope. La escena 13 del último acto es igual en el fondo á la 8.ª del acto 3.º en *La verdad sospechosa*, aunque algo superior en colorido.

Bien valen estos dos rasgos últimos lo que aquel de Corneille:

Les gens que vous tuez se portent assez bien.

Y si no, citarémos las escenas 11 y 12 del acto 3.º en *El desdichado en fingir*.

ROBERTO.

...De un reves que le di  
Al tiempo que iba cayendo,  
Todos los sesos entiendo  
Que por la tierra esparci.

El muerto aparece un momento despues, y uno de los interlocutores exclama:

Sana tiene la cabeza.

### DEL SEÑOR DON JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

(Traducción de la *Historia de la literatura española*, escrita en francés por Sismondi. Sevilla 1842. Tom. II. pág. 232 y siguientes.)

Parece imposible que haya habido literatos, muy instruidos y eminentes por otra parte, que hayan llevado su ceguedad hasta el extremo de decir que el romance octosilábico era un metro tabernario, y que no podia elevarse nunca á la altura del sublime... Basta leer las comedias (de Tirso, Lope, Moreto, Calderon, Rojas y RUIZ DE ALARCON) para convencerse de lo contrario. ¿A quién no agradan los purísimos versos que escribió

RUIZ DE ALARCON en este metro?... Leamos este trozo de romance de la comedia titulada *Quien mal anda en mal acaba*:

¡Ah cielos! ¿Quién vió salir  
De purpúreos pabellones  
Pródiga el alba de rayos,  
Moviendo perlas y flores; etc.

(Acto 3.º, escena 3.ª)

### SIEMPRE AYUDA LA VERDAD.

Ya se dijo en el tomo V de esta BIBLIOTECA, que comprende las comedias de Tirso de Molina, cómo habia hecho don Juan de Mátos Frago una refundición *De siempre ayuda la verdad*, con el título de *Ver y creer*.

En la comedia original incluida aquí me parece que podrá ser de RUIZ DE ALARCON el acto 2.º, y quizá el 1.º;

el último de ningún modo. Pero ni en el 1.º ni en el 2.º acto acierto á descubrir perfectamente señalado el estilo de nuestro autor, como creo verlo en algunas escenas de la comedia titulada *Cautela contra cautela*, que salió á luz en el tomo II de Tirso de Molina, donde se halla también *Siempre ayuda la verdad*.

## LOS EMPEÑOS DE UN ENGAÑO.

DEL SEÑOR DON MANUEL BERNARDINO GARCÍA SUELTO.

La mayor parte de nuestros poetas antiguos se han distinguido en sus obras dramáticas por la ingeniosidad con que disponían el plan de sus comedias para cautivar la atención del auditorio. Esta prenda, tan indispensable para agradar, y tan difícil de conseguir, era casi común en todos ellos, y aun los caracterizaba particularmente. Parece imposible, ántes de leer algunas de sus producciones, y solo atendiendo al título que llevan, que puedan excitar la curiosidad del espectador, y fijarla de modo que no le permita distraerse y atender á otros objetos. Sabían ordenar sus fábulas con admirable destreza, y sacar de un asunto, al parecer estéril y nada poético, situaciones nuevas y variadas, dignas de aprecio y admiración. El título de esta comedia, *Los empeños de un engaño*, no ofrece á primera vista ningún interés en el asunto ni grandes bellezas en la ejecución. Un criado que engaña á una mujer enamorada de su amo, haciéndola creer que ella es la que le obliga á pasear la calle, siendo otra de la misma casa el objeto de su cariño, es el origen de una intriga complicada, agradable y llena de incidentes interesantes, que mantienen viva la curiosidad de los espectadores hasta el desenlace. La competencia de doña Teodora y doña Leonor, sus celos y quejas recíprocas, los de don Sancho, del Marqués y de don Juan, y sobre todo, las situaciones críticas en que el poeta coloca á don Diego, excitan el más vivo interés, ya sea cuando le acomete don Sancho y sus dos primos al fin del acto 1.º, ya cuando le desafía el Conde y se arroja por el balcón; y finalmente, cuando le despide su amada para siempre, y por último se desengaña y resuelve aventurarlo todo por su amante. Esta escena es una de las mejores de la comedia; está llena de energía, de fuerza y de ternura, y muy bien dialogada.

TEODORA.

¿Qué quieres? ¿Qué quieres? Vete,  
Vete; que ya me has perdido.

DIEGO.

Escucha.

TEODORA.

No hay que escucharte:

Ya estoy resuelta, enemigo;  
Ni oír tus descargos quiero,  
Ni te remedia el decirlos.  
Ya de mis labios el sí  
Don Sancho Giron ha oído,  
Ya para darle la mano  
Le aguardo; etc.

El desenlace es natural, nace de la acción misma, y satisface completamente al lector.

El lenguaje, el estilo y la versificación de este autor son dignos de estudiarse: se acomoda al tono que debe guardar cada personaje, según la clase á que pertenece, y siempre es correcto, fácil y elegante. Véase lo que dice el gracioso á su amo en la escena 2.ª del tercer acto.

CAMPANA.

Mira, señor; una vez,  
Por un negro galanteo,  
Con un toro me arriesgué.  
Pescóme, y como pelota,  
Dió un bote conmigo; y dél  
Apénas libre me ví,  
Cuando cercado me hallé  
De mil picaros piadosos,  
Que con achaque de ver  
La herida, las faltriqueras  
Me dejaron del reves.

En los versos largos, en los cuales fueron nuestros poetas dramáticos generalmente prosáicos y descuidados, pudieran citarse algunos que tienen robustez y energía. Concluirémos este examen insertando los siguientes de la escena 6.ª del acto 2.º:

Finge en tu pensamiento,  
Don Juan, un labrador á cuya vista  
El voraz elemento  
Desata en humo la preñada arista;  
Imagina en tu idea  
Un capitán famoso,  
Que al pálido temor y muerte fea  
Rendido ve su campo numeroso;  
Mira en tu fantasía  
Una manchada tigre, que perdidos  
Sus hijos, á tormentos y bramidos  
Las furias del infierno desafía, etc.

DEL SEÑOR DON VICENTE SALVÁ.

(Gramática de la lengua castellana, nota A, pág. 464.)

Los campeones de las insulsas unidades, que tanto nos citan á Aristóteles y á Horacio, han olvidado que las dos naciones que mejor conocen los clásicos griegos y latinos, la Alemania é Inglaterra, nunca han querido dar entrada á las comedias ajustadas á los decantados preceptos del arte; que la Francia, donde Molière, Racine y Corneille crearon una escuela nacional, va desviándose hasta tal punto de las huellas de estos dramáticos, que el teatro francés por excelencia está casi

siempre desierto, al paso que los parisienses corren desalados á comedias que no son ya sino cuadros sueltos, pues sus actos no guardan la menor relación entre sí; y que nuestro pueblo, por más que le prediquen los preceptistas, ha dado hasta ahora en la manía, y lleva trazas de mantenerla, de que le divierte un drama si hay en él fiel pintura de las costumbres y complicación ingeniosa de sucesos que mantenga en expectativa el ánimo del público. Son además poco consecuentes en

no aplicar al teatro los mismos principios por que examinan y admiran la inmortal obra de Cervantes. La reputan, y con fundamento, superior á cuanto ha dado á luz la imaginación de todos los escritores; la miran como parto de una inspiración que se echa ménos en las demás composiciones del mismo autor; confiesan que los hombres instruidos, cuando leen el *Telémaco*, por ejemplo, no tienen por imposible hacer algo que se le parezca, mientras humillan sus cabezas delante de aquella producción sublime, y miran con desprecio á los criticastros que osan notar en ella los descuidos en que incurrió Cervantes, ocupado tan solo en ejecutar la portentosa idea que llenaba su mente por entero: ¿por qué pues no juzgar de nuestras comedias por las mismas

reglas? ¿Quién advierte que Ruiz de Alarcón infringe en los *Empeños de un engaño* las unidades de lugar y tiempo, por lo bien que guarda la de acción? ¿Qué importa que don Diego sane de su grave herida en el intervalo del primer acto al segundo; que don Juan vaya de Madrid á Sevilla, y vuelva de allí á la corte en el mismo tiempo, y que el breve que está caído el telón desde la jornada 2.ª á la 3.ª, dé lugar á que se restablezca don Diego de la caída mortal que del balcón ha dado? El espectador no repara en ninguno de estos incidentes accesorios, atento exclusivamente á la bien urdida trama, de que resulta que, á despecho de los obstáculos que se van acumulando, da por fin don Diego la mano de esposo á Teodora.

## EL DUEÑO DE LAS ESTRELLAS.

DEL SEÑOR DON ALBERTO LISTA.

(Ensayos literarios.)

No hicieramos mención de la comedia intitulada *El dueño de las estrellas*, si no fuese por lo extraordinario de la invención, en la cual se mezclan con recuerdos de la historia de Esparta y con el célebre nombre de su legislador, los sentimientos pundonorosos y las costumbres y galanterías de la corte de Felipe IV.

Se sabe que Licurgo se desterró voluntariamente de su patria, con intención de no volver á ella, cuando hubo conseguido que los espartanos jurasen observar sus leyes hasta que él volviese. Alarcón añade que, aterrado por la predicción de un astrólogo, huyó de las cortes y de los palacios, pues según su horóscopo, había de hallarse en tal aprieto con un rey, que ó le había de dar la muerte ó había de perecer á sus manos. Esta invención no se conforma mucho con el nombre de sabio que tuvo Licurgo entre los griegos; pero el autor la necesitaba para justificar el título del drama.

Disfrazóse pues de villano, compró una casa de posadas en una población corta de la isla de Creta, en donde permaneció desconocido hasta que el Rey de aquel país, movido por un oráculo de Apolo, hizo buscarle para confiarle el gobierno de su reino. Descubierta por la industria de Severo, privado del Rey, y conducido á la corte, donde el Monarca le puso al frente del gobierno, se enamoró de Diana, hija de Severo, á la cual quería también el Rey, y casó con ella con beneplácito del padre y la licencia del Soberano, que tuvo aquel matrimonio por favorable á los intereses de su

amor. Una noche en que se creía á Licurgo ausente de la corte se introduce el Rey en su casa; encuéntrale el marido sin conocerle, riñen, traen los criados luces, y Licurgo ve cumplido el horóscopo; mas para manifestar que él, como sabio, era dueño de las estrellas, se da la muerte á sí mismo.

La elocución y el diálogo dan interés á las diferentes escenas del drama; pero lo desatinado de la catástrofe destruye todo buen efecto: *Infelix operis summa*. Está llena la fábula de incidentes, que cada uno de por sí llama la atención del espectador, pero que carecen de un vínculo común que los una. El bofeton que da Teon á Licurgo, creyéndole un villano, y que venga al ofendido por los mismos medios que pudiera un cortesano de Felipe IV, es un episodio completamente inútil. Primero excita interés la determinación que toma el Rey de asociar á Licurgo al mando; después la resistencia heroica de Diana á los deseos de un monarca poderoso y además amado de ella misma. La pasión de Licurgo á Diana, por más desatinada y aun ridícula que parezca, si atendemos á los recuerdos históricos, no deja de interesar; pero nada produce, sino un casamiento no esperado de nadie. Alarcón en esta comedia se asemejó á Lope de Vega, acostumbrado en casi todas las suyas á zurcir escenas con situaciones interesantes, pero mal ligadas entre sí. No es así como están escritas *La verdad sospechosa*, *Las paredes oyen*, y *La prueba de las promesas*.